

derechos del pueblo. En apariencia era aquello una fiesta, pero en realidad era aquello una guerra. El obispo sabía que los ciudadanos le detestaban y los ciudadanos á su vez sabían que iba el obispo allí, no á protegerlos y ampararlos, sino á maquinár contra sus libertades y contra sus derechos.

Empieza, pues, la conjuración episcopal. Aun el juramento vibra en sus labios, cuando ha caído y se ha borrado ya de su pecho. La primera de sus maquinaciones consistió en corromper, porque, corrompiendo, encadenaba las conciencias antes de someter las voluntades. Privaba en la ciudad Berthelier y á los oídos de Berthelier enderezáronse todos los reclamos, y á los pies de Berthelier abriéronse todas las celadas. Para perderlo no había necesidad de perseguirlo; bastaba con agasajarlo. No conocía con quién iba el obispo á luchar. Bajo sus apariencias de vividor alegre, latía en Berthelier el corazón de un ciudadano íntegro. Y la ligereza de sus palabras ocultaba la profundidad de su pensamiento, como esas aguas tranquilas que ocultan abismos insondables. El obispo le regaló su castillo. Vaciló Berthelier, pero no pudo menos de aceptarlo, asediado por los consejos de sus amigos y resuelto á explotar aquella situación altísima en pro de sus conciudadanos. Seducido el jefe según las cuentas del prelado, trató de seducir al pueblo. Las fiestas se sucedían sin ninguna interrupción; danzas alegres cortaban el paso de las calles; comilonas continuas reunían en los excesos de la gula á innumerables ciudadanos; oíanse por doquier el choque de los vasos y el choque de los labios acompañados de báquicos cantares y voluptuosas y sensuales sinfonías. Naturalmente, los corruptores presentaban á los ojos de los corrompidos las gratas perspectivas de un aumento de goces, con un aumento de corte, y los incautos pensaban cómo habrían de divertirse bajo el cetro de un duque de Saboya si tanto y tan bien se divertían bajo el cayado de un obispo de Ginebra.

Agravábase la inmoralidad general en las cercanías de los conventos. Al lado de cada monasterio levantábase una mancebía. Las trota-conventos iban de casa en casa ofreciendo dinero por su virginidad á las muchachas más hermosas del pueblo. Encontrada una de estas en recatadísima celda, sacáronla de su seno las gentes populares y expusieronla con escándalo á la vista de todo el pueblo avergonzado y confuso. La emoción se agravó tanto á la

vista de tamaño cáncer que los magistrados resolvieron elevar una queja sentida y fuerte á la consideración del obispo. Mas en los banquetes, en las danzas, en las fiestas, la primer figura que aparecía era la figura siniestra del prelado con todas las señales de sus orgías en los apagados ojos y con todas las señales de sus vicios en el cicatrizado cuerpo. Así es que las gentes más frías y menos apasionadas esperaban á una del cielo y sus favores el remedio necesario á la corrupción universal de Ginebra, corrupción tan arraigada como extensa.

En este tiempo y en tal estado de los ánimos, apareció por Ginebra otro de los héroes de la revolución que se preparaba, el célebre Bonivard, quien pronto debía unirse por amistad estrecha y sincera con el célebre Berthelier. Sobrino del prior de San Víctor, éste á la hora de su muerte y en el lecho de su agonía, rogóle que convirtiera en campanas de oración seis culebrinas de combate forjadas contra sus vecinos y rivales, en los combates del feudalismo á la sazón reinante. Pero Berthelier se opuso á que los instrumentos de la guerra pasaran á instrumentos de la Iglesia, y la casa de Saboya comenzó á comprender cuán fuertes enemigos se guardaban en aquellos dos jóvenes fáciles de palabras y ligeros de costumbres. Reinaba por entonces Carlos III de Saboya, hijo del ardoroso y valiente príncipe ya conocido con el histórico nombre de Felipe sin Tierra. Débil de complexión, oscuro de inteligencia, el nuevo duque se distinguía por la fidelidad inquebrantable á un solo pensamiento, alma de un solo proyecto, la incorporación de Ginebra con su ducado. A este fin, mandó el bastardo de su casa, ó sea el obispo de Ginebra, con muchos poderes y largos dineros á Roma. Reinaban los Médicis por entonces en la Ciudad Eterna y querían á toda costa un matrimonio régio en su familia. Filiberta de Saboya, hermana de Carlos III, fué prometida inmediatamente á Julian de Médicis hermano de Leon X, con tal que autorizara este al obispo ginebrino á resignar en los duques toda la parte material y política de su compleja autoridad. En efecto, Filiberta fué cedida á Julian de Médicis y Ginebra cedida también á Carlos III de Saboya. Universal indignación ardió en la ciudad así que llegó á saberse tamaña venta. El consejo municipal se dirigió al obispo, mas el obispo solo sabía temblar, incierto entre los peligros que ofrecía el carácter levantisco de sus súbditos

y los peligros que ofrecía el carácter despótico de su ducal sobrino. Viendo los magistrados que su jefe natural solo acertaba en su incertidumbre á excusarse y temblar, acudieron al cabildo; pero los canónigos temblaban y se excusaban tambien, temerosos de la confiscacion de sus propiedades radicadas todas en tierras saboyanas. Todo se hubiera perdido á no venir la salvacion de donde menos podia esperarse, del colegio de cardenales, quien dijo, que un obispo no podia renunciar en modo alguno á su poder y jurisdiccion temporal sin grandes y valiosas compensaciones.

Ginebra quedó, pues, en sus bases y el obispo en su poder. Pluguiera al cielo que no quedara, segun lo ejercia, por miopia de inteligencia y perversion de voluntad. No habia ciudadano ilustre á quien no quisiera perseguir despues de haber intentado inútilmente corromperlo y azuzarlo contra la libertad y contra la patria. Vendel, jurisconsulto peritísimo, defendia por conviccion y por hábito los fueros ginebrinos con sus empujes de demócrata y con sus artes de abogado. Miembro de distinguida familia, esposo de respetada matrona, padre de cuatro hijos heróicos, arrancóle á su familia la malquerencia episcopal y le recluyó en calabozo del Palacio sin otro crimen que imputarle sino su acendrado patriotismo. Tamaño desacato á la dignidad de un ciudadano enfureció á pueblo tan digno. El consejo municipal se reunió en seguida y á sus oidos solo llegaban quejas contra todos aquellos que recibieran mercedes ó vínculos de manos del obispo. En el instante mismo, en que las quejas tomaban mayor intensidad, iba entrando en la sala de los consejos el ciudadano Berthelier, revestido por el obispo con la investidura feudal de la soberanía de un castillo. No faltó, no, quien al verlo llegar le diese con tan humillante recuerdo en rostro con los excesos de lenguaje propios á las reuniones populares. Berthelier, que llevaba en el cinto los títulos de su posesion, sacólos de su alquicela con arrogancia y los rasgó con rabia. A semejante acto siguió como á todos los movimientos heróicos un extraordinario entusiasmo. Y al calor de tamaño entusiasmo, dirígense á la prision, abren las puertas, y libertan al preso.

Entonces, comenzó la gran conjuracion por la libertad de Ginebra. Berthelier, creyendo que no podia seducir á una ciudad corrompida por el epicureismo, con medios y procedimientos austeros, se dió á reir, á beber, á ena-

morar, á correr, á jacarear, como los hombres mas voluptuosos en las orgías mas desenfadadas, deslizando por todas partes y á hurtadillas, palabras de rebelion y de venganza. Un nuevo suceso complicó los ya complicados asuntos de Ginebra. Estaba retorciéndose á los dolores de la gota en su lecho el enfermizo prelado cuando acertó á pasar un asesino á quien llevaban á la horca. El ama del obispo, vieja bruja, le insinuó que podia curarse de su mal si salvaba de su castigo al reo. Supersticiosísimo el gotoso, expidió sus criados con una órden de libertad. En la complicada y contradictoria vida de la Edad media, donde los fueros y las costumbres se enlazaban y entretejian formando como selvas oscuras de leyes, era verdugo de Ginebra el duque de Saboya y en su nombre un castellano de la vecindad que ahorcaba en las barbacanas de su castillo á los juzgados reos. Cuál no sería el asombro de tan extraño oficial de la corona y de la mitra, cuando recibió la noticia de soltar la presa para la cual tenia en sus sombríos muros, apercebida la horca. Resistióse; mas insistió el obispo y no hubo otro remedio sino entregarle el ladron. Representó el papel de consultor en todas estas incidencias el jurisconsulto Lebrier, quien mantuvo con sus consejos la moral vacilante del prelado. Así que supo el duque Cárlos todo lo sucedido, indignóse del atrevimiento de su obispo y mandó emisarios con expreso encargo de humillar al imperante y prender al jurisconsulto. Ginebra, celosa de sus libertades, volvió por sus fueros y por sus ciudadanos levantándose en armas contra los emisarios ducales; y el prelado tuvo que salir á uña de caballo en demanda de la corte que estaba con él cada dia mas irritada y en busca de un perdon que no le fué otorgado sino bajo formal promesa de aumentar sus asechanzas contra las libertades ginebrinas.

Mas, poco á poco, fundábase allá en Ginebra una liga de ciudadanos ilustres en pro de la libertad ó amenazada ó desconocida. En esta liga Lebrier aportaba la idea del derecho, Bonnivard la letra y la gracia del Renacimiento, Berthelier el genio de la conspiracion.

Una noche, á las orillas del fragoroso Ródano, al toque siniestro de ánimas, en salon mal alumbrado, reúnese numeroso congreso, en cuyo seno se veian representadas todas las clases de Ginebra que juran á una consagrarse por entero á la defensa y reivindicacion de sus libertades y de sus

derechos. Descúbrese, á no dudarlo, el carácter congénito al Renacimiento en estas mezclas de cosas ligeras y profundas que tan grandes contrastes ofrecen, cuando se trata del ruidoso litigio entre los ciudadanos ginebrinos y su traidor obispo. Mientras Berthelier despierta el sentimiento de la libertad en el corazón de sus conciudadanos, y teje la urdimbre de una estrecha concordia con Suiza, representa, cual pudiera representarla el mas consumado cómico, una graciosísima farsa. Vivía cerca de la ciudad cruel juez de aquellos territorios feudales en cuyo ánimo porfiaban lo sanguinario y lo grotesco. Muriósele su mula de montar, é hizo tantos extremos de dolor que provocó la risa de todos sus conciudadanos, implacables enemigos suyos. Denominábase el buen juez en lengua francesa de la Edad media, Gordo, y jugando con el vocablo, expidió Berthelier á un bufon de cierto caballero amigo suyo para que mezclara en pregones ridículos el juez motilon, la mula muerta y los pellejos adobados de tan gordos como risibles animales. Indignó la farsa en el palacio episcopal y se tramó, al calor de semejante indignacion, una cruentísima venganza.

Escudado Berthelier con su popularidad, parecia difícil prenderlo. Así tramaron el prender á uno de sus mas entusiastas partidarios y de los que habian reido con mejor gana y á mandíbulas batientes de la célebre farsa del pregon. Era un viejo zapatero, que, á pesar de su oficio, ejerciera altos y dignos cargos en la democrática ciudad. La pérdida de un brazo le condenó á la pérdida de su oficio, la pérdida de su oficio á la miseria, la miseria ¡oh dolor! al triste papel de parásito. Así, Pecolat, que tal nombre tenia, iba de banquete en banquete y de fiesta en fiesta, donde á su sabor, entre plato y plato, y copa y copa, decia muchos chistes sazonados con picante de una triste amargura. Súpose que cierta noche, en cena preparada por amigos y rivales del prelado ginebrino, dijera que este no contaria en el solio los años de Pedro y tomaron tal frase por conato de homicidio. Y como á los pocos días saliera el obispo de viaje y tomara pasteles de pescado podrido, los cuales por fuerza habian de atacarle el vientre, creyóse con tal motivo en sus aprensiones envenenado por Pecolat, que cumplia de aquella suerte sus amenazas y justificaba sus palabras. Lo cierto es que le llevaron de caza y en la cacería lo prendieron unos esbirros y lo encerraron en castillo feudal del prela-

do, léjos de Ginebra. Diéronle allí tormento y le cuestionaron entre cuerdas, tenazas, borceguíes de hierro, todo muy propio para descoyuntamiento de su cuerpo y terror de su alma, sobre los trabajos y propósitos de sus correligionarios y de sus amigos. Preservóse Pecolat de toda indiscrecion, y sufrió con paciencia de mártir las torturas infligidas por el sacro señor feudal, que le descoyuntaba todos sus pobres huesos. Mas alzado á una horca, rotas sus piernas, separados casi los brazos de su cuerpo, apoplética la cabeza por el agolpamiento de la sangre, perdido el seso á la terrible intensidad de sus dolores, sin fuerzas, sin conocimiento, sin vida casi, le arrancaron, á la irresponsabilidad de su agonía, una confesion que acusaba con tremendas acusaciones á los que mas quisiera y estimara en vida. Tan deleznable como infame fundamento halló el prelado para perseguir á Berthelier, el cual, movido por todos sus cofrades y correligionarios de las sociedades patrióticas, huyó de Ginebra en compañía de varios ciudadanos de Friburgo, los cuales supieron disfrazarle con el uniforme y blason de su ciudad, y ponerle, á pesar de cuantos peligros le circuian, sano y salvo en cobro.

Llegado á Friburgo, comenzó á poner por obra el pensamiento de toda su vida, la estrecha union de la libre Ginebra con la República suiza. Enclavada la ciudad democrática en las tierras de Saboya, parecia una de esas aves prisioneras á las cuales se ata un hilo al pié y solamente se las deja volar á lo largo de la nefasta línea, cuando necesitan y ansian la inmensidad del espacio. Suiza, solamente Suiza, la republicana, la libre, la democrática nacion tenia medios de acorrer en sus angustias á la triste y atribulada ciudad. Necesitaba, pues, Berthelier, que los antiguos enemigos de Carlos de Borgoña, renovaran sus heróicas hazañas, inmortalizadas por la poesía y por la historia, contra otro enemigo no menos terrible que el roto y vencido en los campos de Morat, contra Carlos de Saboya. Dramática escena la de aquella noche tristísima en que aparece Berthelier, el gran ciudadano de Ginebra, en casa de Marty, el gran ciudadano de Friburgo. Sus labios no se mueven, su pecho no respira, sus párpados no pestañean, todos sus miembros parecen rígidos, todos, como si estuvieran helados por el frio de la muerte. Diríase al verlo que era el héroe de la libertad como una estatua funeraria levantada sobre la tumba de su patria. Cuando Marty le hubo dicho algunas cariñosas